



LA INSENSIBILIDAD DEL CORAZÓN

Percussus sum ut foenum et aruit cor meum.

«He sido herido como el heno, y mi corazón se ha secado.»

(PSALM. CI, 5.)

DECÍA San Bernardo, escribiendo al Papa Eugenio: «Temo, Eugenio, que la multitud y variedad de los negocios os haga dejar la oración, y que de esta suerte llegue á endurecerse vuestro corazón.»

De este modo hablaba el Santo Doctor á un gran Pontífice, dedicado á los negocios más santos que puede haber en el mundo, que son los que se refieren al gobierno de la Iglesia: con razón incomparablemente mayor debemos aplicarnos estas palabras á nosotros mismos, que nos apartamos de la oración por dedicarnos á negocios mucho menos importantes. En medio del mundo como vivimos, con muy poco basta para distraernos y dejar de hacer oración. Para ocupar enteramente nuestro espíritu bastan las menudas obras exteriores que practicamos,

las cuales pueden hacernos caer en la insensibilidad espiritual, que es la mayor entre todas las desdichas.

Mirad con sumo temor á la insensibilidad y á la dureza de corazón, porque es cosa necesaria que nuestro corazón sea sensible y dócil, que se sienta á sí mismo en el servicio de Dios. El que carece de esta sensibilidad no sentirá horror de sí mismo si por ventura llega á caer en pecado, y por profundas que sean sus heridas, no las conocerá.

Y me sirvo de la palabra sensibilidad porque no hallo otra más á propósito para expresar mi pensamiento. Esta sensibilidad no es sino cierto afecto á todas las cosas que debemos hacer, unido á cierta aversión al pecado, aun al más leve. No me refiero — notadlo bien — á la sensibilidad nerviosa de los falsos devotos.

Para no incurrir en exageración ninguna, excluiré de este lugar á la insensibilidad involuntaria. Confesaba el rey David hallarse á veces en la presencia de Dios como una bestia de carga, tan tardo é insensible como ella. Pero luego añadía: *Ego autem semper tecum*. Á pesar de esta insensibilidad, permaneceré siempre á vuestros pies, con Vos. Este estado de torpeza espiritual no es siempre un castigo: á veces pasamos por él para llegar á ser más sumisos y humildes con Dios. Y nosotros ¿qué es lo que debemos hacer en este caso? Estarnos allí con paciencia, hacer lo que podamos, y esperar. Como no hemos venido á este estado por culpa nuestra, no somos responsables de la sequedad que sentimos ni de los defectos que podamos cometer en la oración: Dios misericordioso es quien nos ha reducido á tal estado para que nuestro espíritu no se entretenga en cosas

de poco valor, para inflamar nuestro corazón en amor más ardiente, y para que nuestra voluntad sea más firme y perseverante.

La insensibilidad del corazón es también muy penosa, más todavía que la torpeza del espíritu, porque el corazón es el que ama á Dios; además, la voluntad, como es dirigida únicamente por el amor, se queda entonces como paralizada. Esta prueba la envía Dios ordinariamente á los corazones excesivamente sensibles que quieren gozar constantemente de Dios: condúcelos Nuestro Señor consigo algún tanto al huerto de Getsemaní, para darles á gustar de su amargura.

Pero lo más frecuente es que la dureza del corazón nos sobrevenga como castigo. En este caso debemos huirla á toda costa, porque es consecuencia del pecado. Las pruebas no son muy duraderas: pronto pasan y nos disponen á recibir señaladas gracias: nos sirven para pagar algunas deudas, y después de la tempestad sale el sol radiante de esplendor. El corazón de suyo no puede ser insensible á Dios: para que padezca esta insensibilidad es necesario que el pecado le torne insensible de un modo violento. Tres horas sufrió Nuestro Señor en el huerto de las Olivas, y en este tiempo se vió en trance de muerte á causa de la tristeza que sintió y de verse abandonado de su Padre.

¶ Cuando tales estados se prolongan, debemos investigar si esto sucede por nuestra culpa, porque la duración de tal estado del alma es ordinariamente señal de que nosotros somos los que lo hemos atraído sobre nosotros mismos. Si, por ejemplo, hace largo tiempo, un año ó más, que sois insensibles á las gracias que recibís de Dios, á sus inspiraciones

á la oración, no busquéis lejos la causa, porque está en vosotros, sois vosotros mismos: fijaos, pues, en ella y no omitáis medio de salir de tal estado. Claro es que el alma que ha empezado á gustar de Dios y que viene á tal estado, se ve en él por su propia culpa. Dios no se ha con vosotros con tanta dureza: es Padre bondadoso y no puede permanecer oculto largo tiempo. Si apartara su faz durante largo tiempo de nosotros, moriríamos. La Escritura atestigua que Dios es bueno, que está poseído de amor y ternura para con nosotros; que es padre y madre para con aquellos á quienes ha elegido. Así nosotros tenemos que sentir su ternura y su bondad; y si no las sentimos, culpa nuestra es: nos falta un sentido, estamos paralíticos, y en esto consiste nuestra falta: busquemos, pues, las causas para remediar el mal.

II

Una de estas causas es la superficialidad del espíritu, la disipación en las cosas exteriores. El espíritu superficial no está nunca en sí, no sabe reflexionar, obra por impresiones y por impulsos exteriores. Cuando siente hambre, pide de comer, pero no se cuida de buscar el manjar: y no hallándole en Dios, se dirige en busca de él á las criaturas. La insensibilidad y dureza de corazón comienza, pues, ordinariamente por la ligereza del espíritu. Si meditáramos, nuestro espíritu se nutriría. Pero si pasa en cosas vanas el tiempo que había de emplear en la oración, ¿qué extraño es que el corazón padezca el daño que de aquí se sigue?

Guardaos, pues, mucho de la disipación del espí-

ritu; fijaos especialmente en vuestra oración, en la cual habéis de nutrirlos, de inflamaros y de formar el plan que habéis de seguir en el combate espiritual. Meditación que no sirve de arma en el combate espiritual, nada vale, porque no nos alimenta, y con ella desfalleceríamos.

Acaso decís que la oración no os alimenta, á pesar de poner todos vuestros sentidos en ella. Si tal cosa os sucede, tomad otro asunto, buscando el que más os convenga. Si tal arma no os sirve, buscad otra, pues es necesario que estéis armados. Tened presente que en la vida espiritual hay prácticas de simple devoción y otras que son absolutamente necesarias, como la meditación, el espíritu de fe y de oración. No hay nada que pueda remplazar á éstas: si las omitimos, la vida espiritual se extingue, porque ellas son las que la sostienen. Es indudable que el corazón vive del espíritu, y que el amor, el afecto, sólo se nutre de la oración.

Otra causa de la dureza de corazón es la infidelidad á la gracia. Gracias, luces, inspiraciones de Dios, nunca nos faltan: nunca deja Dios de hacernos oír su voz; pero nosotros la ahogamos, y de este modo paralizamos nuestro corazón; porque el corazón sólo vive de la gracia, y cuando no la recibe se muere de inanición.

Además de las gracias necesarias para obtener la salvación, recibimos otras con las cuales podemos alcanzar la santidad y cumplir fielmente con nuestra vocación. Es asimismo necesaria la fidelidad á estas últimas gracias, porque mediante ellas llegamos verdaderamente á ser lo que debemos: ser infiel á ellas es no corresponder á la gracia propia del estado de cada uno. La gracia del estado de un

adorador se halla en la oración, en el sacrificio de sí mismo á los pies de Jesús sacramentado. Si despreciáis esta gracia, pereceréis. Donde no hay fuego, no hay calor. Examinad vuestra conducta: si hacéis oración, todo irá bien; si la omitís, camináis á vuestra propia ruina. Sólo por medio de la oración, del sacrificio y de la meditación obtendréis la gracia de Dios. Si no queréis poner la causa, no busquéis los efectos. Estas gracias las podéis obtener, pero si no hacéis valer vuestro derecho, culpa vuestra es, y en su día tendréis que dar cuenta del talento que habéis recibido y que habéis guardado inútilmente. Mientras el cuerpo vive según el régimen debido, todo va bien. También el alma debe seguir cierto régimen: ¿hacéis, por ventura, la oración que os ha sido prescrita?

Acaso digáis que si habéis omitido la oración, ha sido durante algún tiempo, y que ya volveréis á orar. Presunción sería creer tal cosa. Si queréis vivir sin Dios, sin alimento, no tardaréis en caer desfallecidos.

¡Pero si no omitimos — decís — más que las oraciones que no son obligatorias! Fijaos en esto. ¿Habéis practicado estas devociones durante largo tiempo para dejarlas ahora? Semejante conducta sería ingratitude y pereza; sería caminar hacia el pecado. No dejéis nunca de cumplir la regla que os habéis propuesto. Si queréis hacer más, bien está; pero menos, nunca. De otro modo vuestra devoción languidecerá de día en día. No digáis que no hay ley que os obligue á observar tal ó cual regla en vuestras devociones, porque el amor de Dios no mira lo que la ley exige, sino lo que pide el corazón.

Otra causa proviene de la sensualidad de la vida.

Es tanto el amor que Dios nos tiene, y de tal manera quiere elevarnos, que siempre que busquemos satisfacción en las criaturas, nos castiga, ó por lo menos permite que nos castigemos nosotros mismos, perdiendo el vigor y la alegría en su santo servicio. Este castigo nunca se tarda, viene en pos de la falta: ley es ésta de la santidad. Los otros pecados no llevan en pos de sí inmediatamente el castigo, como lo lleva el gozar el alma de las criaturas ó de sí misma: el pecado mortal es castigo de sí mismo, pues el infierno vengará algún día á la justicia de Dios. Pero la persona que busca consuelo en sí misma ó en las criaturas malogra la gracia de Dios, disminuye á Dios en sí misma y le deshonra. Por lo cual es al punto castigada, perdiendo la paz y el contento que procura el servicio de Dios: es castigada por donde mismo ha pecado.

Este linaje de almas es muy numeroso. Siempre están deseando gozar. En todos los estados empiezan buscando la parte sensible; creen amar mucho, porque son muy impresionables. Pero les sucede lo que al niño á quien, para tranquilizarlo y contentarlo, se da un premio que no merece: él es el amado, no el que ama. Gozan y se tornan ingratos para con Dios, que es la única fuente de esta alegría del todo gratuita: atribuyen á su virtud y merecimiento lo que sólo es un don del Salvador. ¡Desdichados de nosotros si Dios se yiera obligado á tratarnos de esta suerte! Nos sucedería lo que á los enfermos desahuciados, á quienes todos ocultan y disimulan la enfermedad que los consume.

Veamos, pues, nosotros, cuando nos hallemos insensibles, si hemos sido excesivamente sensuales. No me refiero en este lugar á la sensualidad abomi-

nable, sino á la sensualidad en el bien; al placer que siente el amor propio cuando hacemos buenas obras, sensualidad que obra el bien por recrearse, por honrarse y glorificarse, en vez de referir á Dios todo el honor y la gloria. Salid de tal estado y bendecid á Dios, que os trata con dureza para mostraros vuestro mal.

III

Es, pues, necesario que nuestro corazón sea sensible, dócil, impresionable á la gracia, capaz de oír aun sus más leves voces y de sentir en sí la obra de Dios.

No falta quien diga: «El que trabaja hace oración; aunque no sienta la presencia de Dios, el trabajo me santifica.» Todo esto sería mucha verdad si hiciérais oración trabajando. Pero trabajar no es orar, como el trabajo no esté animado de buenos deseos, de aspiraciones hacia Dios y de la unión con Él. También trabajan los paganos y los impíos. Así vosotros, sólo cuando trabajáis por amor de Dios, hacéis oración, y nada más que entonces.

Pero diréis acaso: «¿No bastará hacer la voluntad de Dios trabajando?» A lo cual os responderé preguntándoos á mi vez: Cuando trabajáis, ¿tenéis el pensamiento puesto en hacer la voluntad de Dios? ¿Trabajáis por conformaros con su divina voluntad?

No digáis que de esta suerte cumplís con vuestra obligación, porque también la cumplen los soldados y los presidiarios, condenados á trabajos forzosos. La vida exterior no es de suyo una oración; para que se convierta en oración es necesario que esté animada del espíritu de oración y de amor de Dios.

Es necesario, repito, que nuestro corazón sea sencillo para con Dios. ¿Para qué, si no, nos ha dotado Dios de sensibilidad, sino para que la empleemos en su santo servicio? Tal es la vida del espíritu de fe. «Yo os quitaré vuestro corazón de piedra y os daré un corazón de carne», decía el Señor á los judíos. Tenían el corazón de piedra, porque eran hombres exteriores y cifraban toda su recompensa en la felicidad de la vida presente. Pero el Señor ha dado á los cristianos un corazón de carne, capaz de sentir la vida divina y de unirse á Dios y á su Verbo. El Verbo sólo obra en los corazones semejantes al suyo; es espíritu, y sólo habla espiritualmente mediante la fe: es, pues, preciso que nuestra alma y nuestro corazón estén siempre en nuestras manos, dirigidos hacia Dios, para que este divino Artífice pueda formarlo según el modelo de su propio corazón y darle el sello, la vida y el movimiento propios. Cuando hacemos un vaso, preparamos la forma con tierra blanda y húmeda, y luego la ponemos al sol. De esta suerte ha de ser nuestro corazón, como de tierra blanda y dócil.

El Señor rechazó y maldijo la tierra diciendo en la Sagrada Escritura: «Árida serás; la lluvia no te regará; de tu seno ninguna cosa saldrá, y no hará mella en ti la reja del arado.» Por el contrario, cuando la bendice, se expresa en estos términos: «La lluvia y el rocío te fecundarán.» ¡Plegue á Dios regar nuestro corazón y fecundarle con el rocío de su gracia y dilatarlo con el fuego de su amor, tornándole de esta suerte capaz de recibir todas las impresiones de su amor!

El primer efecto de la sensibilidad del corazón es darnos aptitud para conocer mejor la proximidad de

Dios, para oír su voz más de lejos y con mayor alegría, para estar bajo la impresión de su amorosa presencia. Hace que el corazón se dirija más fácilmente á Dios, más bien por impresión, por instinto, que por razonamiento. Cuanto más se da el alma á Dios, más sensible se torna, y más delicada. No consiste la sensibilidad del corazón en derramar lágrimas; esta sensibilidad y delicadeza son cosas misteriosas, que no pueden definirse, pero que se sienten. Son el signo mismo de la gracia.

A medida que el alma se aleja de Dios, su delicadeza se disminuye: deja la compañía del Rey para confundirse entre la plebe; en vez de mirar á Dios, fija sus ojos en las criaturas. ¡Desdichado del que decae de esta suerte!

El segundo efecto de esta sensibilidad es inducirnos á orar interiormente. Las oraciones vocales no bastan: por santas que sean, no satisfacen del todo. El corazón necesita alimentarse incesantemente de muchos sentimientos. Quiere desprenderse del mundo cada vez más y elevarse cada vez á mayor altura; siente necesidad de vivir con Dios por la meditación.

Es, pues, necesario que el corazón sea sensible al servicio de Dios. Como somos tan flacos, tenemos necesidad de tal sensibilidad. Doctrina presuntuosa es aquella que rechaza la sensibilidad del corazón y enseña á caminar sin gozar de Dios. Es indudable que no debemos buscar como fin el gozar de Dios; si os detenéis demasiado en este goce, Nuestro Señor sabrá quitároslo. Pero si os sentís atraídos por Dios, si fuese verdad que os eleváis y sentís al corazón de Jesús sobre vuestro corazón, ¡qué dicha la vuestra! Pedid esta gracia, que es sostén firme y seguro para ayudaros á caminar.

Los que dicen que tienen su tienda levantada en el monte Calvario, no me agradan. Si estáis allí llorando, bien está; pero si permanecéis insensibles y fríos, quien os sostiene en ese lugar es el orgullo.

¿Queréis, por ventura, no hacer uso de los medios suaves y fáciles que os ofrece la misericordia de Dios? ¿Quién sois vosotros? Por desdicha, en estas tierras en que son instruidos los niños de tal suerte que á los siete años ya quieren pasar por sabios, tórnanse pedantes y arrogantes porque su espíritu acaba por sobreponerse á su corazón.

Pero mirad al Evangelio: cuando la Magdalena y otras mujeres lloran, Jesús, lejos de apartarlas de sí las consuela.

Dios ha puesto en nosotros un corazón sensible: sentid, pues, á Dios y gustad de Él.

Pero la ternura de corazón es ordinariamente fruto del sacrificio. Si el Señor os lo envía, someteos y dejad que haga en vosotros su santísima voluntad.

Dios quiere nuestro corazón todo entero. Tememos darnos por completo á Él, y decimos: «Mejor queremos padecer.»

Pero en el fondo de estos sentimientos está la pereza. ¡Queremos hacer dejación absoluta de nosotros mismos, queremos escoger los sufrimientos y tememos dejar á Dios que haga Él la elección!

Sea, pues, nuestro corazón sensible y afectuoso para con Dios, sobre todo cuando hacemos oración. ¿No nos consideramos bastante dichosos con servir á Dios? Dios nos comunicará más abundantemente las dulzuras de su gracia: aceptadlas con confianza y seréis más dichosos en el tiempo y en la eternidad.